

Somos indios revueltos¹

Lógica de las Recuperaciones en el Sur Andino. Una Historia Etnográfica

Danilo Palacios Palacios²

Resumen

Durante la década de los setentas, la comunidad de los Pastos inició la recuperación de varias haciendas dentro de sus tierras de resguardo. Este trabajo explora la lógica de esas recuperaciones. Plantea, en principio, algunas relaciones entre conceptos del cotidiano y la tradición oral del sur de Nariño que permiten entrever la necesidad de retomar un orden trastocado por el primer golpe de la Conquista. Se trata de ahondar en las raíces de un pensamiento que sustentó -y sustenta- una acción concreta para redimir una necesidad política y material, que bien podría resumirse en la idea de voltear la tierra para recuperarla. Y es que aquí se trabaja sobre la noción de *vuelta* como la relación telúrica fundamental en esta parte de los Andes, de la que deriva también una forma de interpretar y pensar su historia. La última parte recrea esa lógica en el hecho histórico concreto de las recuperaciones interpretando la memoria histórica a la luz del cotidiano.

“Un cerro alto y puntiagudo era el vigía del pueblo. En la cumbre estaba clavada una cruz; la más grande y poderosa de cuantas he visto. En mayo la bajaron al pueblo para que fuera bendecida. Una multitud de indios vinieron de las comunidades del valle; y se reunieron con los pocos comuneros del pueblo, al pie del cerro. Ya estaban borrachos, y cargaban odres llenos de aguardiente. Luego escalaron el cerro, lanzando gritos, llorando. Desclavaron la cruz y la bajaron en peso.”

José María Arguedas, Los Ríos Profundos (2006: 71)

“Daba gusto mirar aquella larga fila de hombres cruzando el Llano Grande otra vez, como en los buenos tiempos. Como al principio, cuando nos habíamos levantado de la tierra como huizapoles maduros aventados por el viento, para llenar de terror los alrededores del Llano. Hubo un tiempo que así fue. Y ahora parecía volver”.

Juan Rulfo, El llano en llamas (1953: 101)

¹ Héctor Chamorro, vereda Miraflores, Pupiales, Nariño.

² Estudiante antropología, Universidad Nacional de Colombia; Ponencia presentada en el XIV Congreso de Antropología en Colombia: Medellín, Octubre de 2012.

Y Vuelta Se Ha Acabado Corpus Christi

Y ‘hora, aquí en Cumbal, no más existimos los indios³. Y entons ahí se habían enojado los del pueblo: eso fue una guerra tremendísima. Ellos échenos con bala, nosotros íbamos y les zanjábamos una zanja. ¡Ya! ¡Que no entren animales ni nada! Y así pues, a no darles más. Entons se enojó el pueblo vuelta. Eso no nos dejaban pasar por el pueblo para nada; tocaba por los lados: por el lado de Cuaspud y por el lado de Guan, sabíamos entrar escondidos. Ya, pues, el Padre se puso en contra: eso peleó con mi papá porque decía que le hacía el mal. Tonces, hasta el sesenta fue que hubo todavía una fiesta que decía Corpus Christi. Esa, pues, era la fiesta de los propios indios, sino que vuelta ya el padre, de lo que se peleó con mi papá, dijo que había que acabar Corpus Christi.

Mi papá esa vez no dejó desenlutando a la Virgen. Tenga, pues, que el Padre se enoja vuelta. Yo me acuerdo. Yo era guagua cuando fuimos adonde el Padre y allá lo habían estado esperando con los fiesteros de Guan, de Cuaical, de Quilismal. El Padre había estado bravo allá y eso no más le decía que: “vos por qué no habías desenlutado la Virgen, no has ido a lavar los ornamentos ni me has dado trayendo las hostias ni nada”. Y eso, mi papá, “si yo no me he comprometido para andarle sirviendo a usted, Padre”. Bravo, pues, el Padre, le decía “ahora no vas a decir que vos no sos católico”.

-Yo no soy católico, Padre; yo soy un creyente de la fe de Jesucristo. Eso, católico son los que están a pie de altar. Yo no soy.

Y el Padre, pues, bien bravo que estaba, se agarra a madrear a mi papá. Y los fiesteros lo sacaron afuera. Yo, pues, no más veía desde dentro.

-Yo no tengo ninguna sotana ni nada. Yo no estoy prohibido. En la ley mía, los indios no estamos para estar con vustedes, ¡engañadores!, que además nos dejaron poniendo vuelta las fiestas.

¡Ustedes son buenos con los españoles!, ¡primeros engañadores que eran!

Ahí, pues, el Padre se le fue a mi papá. Mi papá lo encuelló, no más. Yo no más miraba lejito, lejito. Yo, guagua que era. Eso sería como en mayo: se acabó eso, no más. Sabía ser bueno Corpus Christi: la fiesta de los propios indios, que era. Vuelta y ‘hora, pues, ya no más se sabe ir a caminar a la piedra de Machines. Y ‘hora, pues, el Padre también dice que no veneremos la piedra de Machines: que eso era más antes que los mayores sabían tener la creencia.

¿Cuándo sería, pues, que fue eso? Yo no más era guagiüita. Pero, pues, desde ahí el Padre ya no nos quería. Eso siempre estuvo compactado con los blancos. Y por eso, cuando nos íbamos a meter a las tierras, eso, el Padre salió bravo. Que eso no era de quitarles las tierras, que eso era de los blancos. ¡Si a nosotros nos las han quitado! Nosotros, pus, no

³ Narración basada en conversaciones con don Julio Paguay, recuperador y exregidor del cabildo de Cumbal en 1986

íbamos a hacer caso. Eso no se iba a dejar de rezar por meternos ahí. Fuimos. Fuimos hartos. Eso, ya cuando noche caíamos: palas, cutes, cutes palas, machetes, palendras, todo. Ya en la madrugada nos íbamos a meter. Ya las mujeres llevaban el café, la maicena, el pan. Nosotros, pues, ahí queditos nos quedábamos por la vereda, oscuro que estaba todavía, porque eso al pueblo no se podía bajar.

Sabíamos entrar de noche. Y cuando estuvo aclarando, ya estuvo. Ha de ´ber sido las dos de la mañana: cuando estuvo aclarando estuvimos acabando de zanjar debajo del pueblo. Y haga ranchos y haga ranchos. Tocaba levantar ranchos con adobe. Ahí, pues, sabía ser minga. Cuando zanjaban se volteaba un adobe y hacía rancho. Y encima alguna paja de esa que se bajaba de arriba, de los páramos. Zanjábamos, pues, con los cutes. Ligerito, ligerito tocaba. Sabía ser ligero el zanjamento. Zanja larga sabía ser, toda la madrugada.

Y era de entrar a zanjar; seguir guachando, seguir sembrando. Duro, duro trabajábamos la tierra. Chumados: siempre tocaba chumar. Eso había chapil por todo lado y como era minga, se repartía. Metíamos caballos y ahí le echábamos candela a todo. Tocaba, eso sí decirles a los sirvientes que se fueran que le íbamos a prender fuego a la casa. Luego, pues, sabía caer el ejército que nos mandaban. Ahí, pues, las señoras sabían traer piedras en las polleras y nosotros a darnos duro, era. Bravísimas sabían ser esas peleas. Pero, ¡ahh, eso qué! Y vuelta, vuelta y vuelta: ¡darles haciendo flecos los alambrados y todo! Vueltiando la tierra: puro guachazo, era. Vueltiando la tierra para recuperarla, sabía ser.

Más antes, pues, era que habían sido los temblores. Y, entons, se había acabado el pueblo viejo. Sabían contar mis padres que eso como que desde 1912 ya había tirado a haber temblores. Pero dizque los más duros han sido en 1924. Tons, en ese tiempo se ha derrumbado ya la Iglesia del pueblo viejo. Sabían contar los mayores que de ahí vino un hombre pidiendo limosna, decían, y que no le quisieron dar, una señora. Y que se fue a andar pidiendo posada con el niño de Praga, contaba mi papá abuelo. Tons, que una señora no ha querido dar ni la posada. Y que ha dicho: “viejo traposo, puaqué te vo’a dar”. Tons, pues el mayor dizque dijo: “Dios Bendito que bien que acabara”.

Al otro día por la mañana, ella estaba barriendo. Cuando vino el temblor y con la torre de la Iglesia del pueblo viejo, que le había caído encima, la mató. Y se vinieron los temblores. Y de ahí, ¡elay!, se acabó el pueblo viejo. Tonces, de allí se pasó pu’acá el pueblo nuevo. Entonces las autoridades blancas se aposicionan aquí en el pueblo, con los del pueblo, no con los indios. Y el Padre nos hacía firmar las hectáreas para el pueblo: las tierras de nuestro llano: El Llano de Piedras. Y eso, pues, ahí mantenían puercos, ovejas, ganado, para decir que ya era de ellos. Y ‘hora nosotros vivíamos solamente como trabajadores de ellos y las tierras acaparadas. Habían sabido, pues, engañarnos con maíz, con panela, con cualquier animal y se iban adueñando las tierras. Unos, pues, que iban a

hacer cambeo con los guaicos, tonces les daban una mula a cambio de un pedazo de tierra. Y así. Sabían también mandar a las autoridades para hacernos firmar las escrituras. Tonces, la opción nuestra era, pues, ir al monte o al cerro. Y a vender la nieve a los guaicos. Luego, pues ya vinieron más pa acá, los blancos, que querían hacerse dueños del cerro y la laguna, vuelta.

Pero no, ahíscito no más, ya se les dijo. Ya de allí, ya dijimos, que tocaba vuelta recuperar.

San Francisquito ayudó

Aldana. Octubre 2012. Estos días han sido secos. Hace mucho no llueve. En la capilla de la vereda La Laguna arreglan al taitico. La noche anterior hicieron la velación antes de ponerlo en el altar. Es Domingo. Viernes y Sábado fueron vísperas. La gente vino en esos días a la capilla, asistió a la misa y al baile de los toros. El viernes en la noche fueron niños los que bailaron; ya el sábado de noche, los danzantes mayores. Es el último día de fiesta y el sol de la mañana anticipaba el frío que vendría más tarde. San Francisquito entró de espaldas al altar. El cura llegaría tarde y afuera preparaban los cambeos: arriba de la puerta colgaron largos maderos entrecruzados, sobre los cuales pendían canastos con el fruto de la siembra del año anterior.

Los toros danzaron antes de la misa. Faltaba un Negro y el Ángel. Los toros, frente a San Isidro y al Negro, bailaban. San Isidro los rodeaba, le daba la vuelta a cada uno y volvía. El Negro iba hacia los toros; igual, los rodeaba, daba vuelta, agitaba el chucur y volvía. Una señora de paso lento, encorvada, cruzó entre la gente. Se descubrió su velo rojo y apoyada en su bastón entró bailando a la cuadradura llevando bajo su brazo el cuadro de la Virgen de Iles. Pasó en medio de los danzantes, le dio vuelta a cada uno, dejó el cuadro al pie de la capilla y bailó como si fuera el Ángel frente a la Virgencita que ahora había dejado.

Don Aldemar Ceballos contaba que ese baile se hace para bendecir el fruto. Conversaba, además, que el santo fue encontrado en una zanja cuando el señor Ricardo Quitiaquéz, ahí en La Laguna, sacaba la raíz de un árbol. Fue, entonces cuando encontró una imagen que parecía un juguete pequeño, “¡qué iba a ser un taitico!”. La llevó a su casa y una noche soñó que el taitico se le aparecía y le decía que no era un juguete, que él era San Francisco de Asís y que quería que le hicieran una fiesta cada año. Con el tiempo, “limosnando, limosnando”, construyeron la capilla⁴.

⁴ La historia de San Francisco de Asis también está Reina (2010)

El baile es de seis danzantes: dos toros, dos negros, un ángel y San Isidro Labrador. Los toros usan unas cabezas hechas con el cuero del animal. Los cachos, genuinos, están recubiertos con papeles de muchos colores. El ángel siempre es un niño. San Isidro y el ángel tratan de amansar a los toros para armar la yunta y arar para la siembra. Los negros se pintan la cara y con la guasca y el verraquillo se agarran con los toros. Conversaba don Manuel Ereira que el negro, posiblemente, es de esos mercaderes que comerciaban con el Pacífico. Gerardo Guancha -uno de los toros- dice que el negro representa a los esclavos y a los jefes de cuadrillas, porque “como no ve que la vida del negro no valía, pos le tocaba voltear al toro”. “Bien europea es esta fiesta”, dice, “¿no ve que los toros y la religión son españoles!”. Y los toros se ponen chilindrines -cascabeles- sobre las piernas, como culebra: es el elemento americano reemplazado, en la mitología amerindia, tras el encuentro con Occidente, por el toro (Flores Galindo, 1975; Páramo, 2009). Como sea, el negro es distinto y se le atribuye un carácter casi antagónico a los demás danzantes que, incluso, esconde cierto erotismo: es el encargado de “hacer el humor”, dice don Manuel. Juega a seducir. Y seduciendo amansa: busca una mujer entre la gente, roba un beso y se echa al piso. Amansar, como en las laderas de los cerros, es sembrar vida, fertilizar con eso mismo que cría en el monte. Eso quizá debe ser lo que lo hace distinto al negro: poder pasar de lo bravo a lo manso. Y volver.

Al medio día el sol fue más intenso. Comentaba la gente, por eso, que iba a llover. Ojalá: ojalá y San Francisquito ayude. La laguna, frente a la capilla, ha venido mermando: se ha amansado de abajo arriba, sobre la ladera en la que descansa, dejando apenas unas ramas de totora que sobresalen en sus bordes. Las partes altas son más bravas, húmedas y agrestes. San Francisquito, pues, manda agua y bendice la siembra, el amansamiento: conversaba don Aldemar que “cuando se siembra la primera matica, se dice San Francisquito bendito”; igual cuando se cocina el primer plato de la cosecha. O cuando se recoge, “Dios ayudó”. Y toda esta fiesta de la siembra es por él que se hace.

Terminada la misa, la procesión salió de la capilla con el taitico cargado entre la gente. El sol, que ya quemaba el polvo del camino, nos seguía acompañando al Polideportivo, donde se haría la Siembra. La fiesta es arado, melga y cosecha. El taitico se puso a espaldas de los toros. La gente a espaldas de él. Los negros cargaron el arado y lo pusieron al pie del taitico. Luego, con el machete, abrieron un hueco para enterrar el bramadero, al que se amarrarían los toros mientras se les pondría el yugo. San Isidro Labrador y el ángel se pararon frente a los toros. Los dos negros iniciaron a darles vueltas, agitando sus animales y rodeando a los demás danzantes. San Isidro miraba al ángel, se acercaba a él y luego rodeaba a los toros. Con sus pañuelos los traían hacia él. Volvía a su puesto y los cuatro rotaron su posición. Sonaba la Guaneña y el Miranchurito: bombo, flauta y tambor, sonaban en ese frío y entre ese cielo negro de La Laguna. Los toros, con sus chilindrines, iban con la música haciendo “el rumor de la fiesta”.

Dándole, dándole, voltee y voltee. Los toros, bravos, ¡echaron a correr entre la gente! ¡Corneaban, no más! Los negros, entonces, salieron corriendo tras ellos y con la guasca apuntaban a enredarlos. Al cabo de unos diez minutos, los toros fueron amansando. Cansados. Y el negro les dio agua-sal, chapil. Se tiraron al piso y los sujetaron del cuello con la guasca. Arriaron a los dos y los amarraron al bramadero. Un negro trajo el arado, que ensamblaron con el yugo que juntaba las cabezas de los toros. Armada la yunta, comenzaron a arar. El ángel cogía de la mancera -el extremo del arado que se entierra para trazar el surco- y araba en espiral, de afuera hacia adentro, de afuera hacia dentro. Decía Manuel Erija que, como las rotaciones de la danza, el arado ahí también dibujaba un churo, el churo cósmico por el que viaja la invitación a iniciar la Siembra a los pueblos andinos, siendo ahí, ese día, La Laguna, su centro. Pero era amansamiento: ya era de empezar otro tiempo.

La gente hacía las melgas poniendo el alimento sobre los surcos, como si antes hubieran guachado y picado la tierra, como si la hubieran volteado. Sobre los surcos, la gente colocaba el alimento que iría sobre veinte filas, empezando al pie del taitico. Cebollas, piñas, naranjas, papas, plátanos, tomates: todo eso que traen del guaico, de las tierras bajas de la cordillera. Ya se iba haciendo oscuro y seguían dándole a la música. La yunta se detuvo y los negros se hicieron al centro de los surcos. Don Antonio Reina, uno de ellos, de rodillas, bendijo la siembra para que no le diera cólico al alimento ni se negree por las heladas que lo quemaban por esos días de sequía. San Isidro Labrador bendijo la siembra cuatro veces: “Para todo fiel cristiano/ queda consumado”.

Recogieron la cosecha y los toros volvieron a irse contra la gente, más bravos, y entre el estallido de la pólvora y la música. El negro no más gritaba “musiringa, musiringa” para que los músicos siguieran tocando, y “¡Agua-sal, Agua-sal!”, para que al Grano de Oro y al Veneno -el toro más bravo-, les diera fuerza. “Ya bien chumados, pues, que estaban los negros. ¡Si no cómo van a voltear los toros! ¡El chapil es pa los nervios, pues!”.

Igual, los toros terminaron bravos. Y llovió. Qué será: San Francisquito ayudó.

Sin Dios ni Santa María

Sapuyes, como en el sur de Nariño, refiere en su tradición oral a los infieles: muñecos y vasijas de barro que sacan de la tierra, arando, casi siempre: toros de barro, vasijas con culebras pintadas que rodean su boca, monos e indios con o sin pinta; infieles son también los indios que se resistieron a recibir la cruz de los españoles: los mismos aucas, que llaman: “aquéllos que no conocieron la Fe de Dios”, contaba el mayor Delio Díaz. La tierra se pone floja donde hay infiel: retornan al vuelco de la tierra. Y salen a veces con los indios de más adelante que se habían enterrado con ellos. Pero son solo barro, ni oro ni plata. “El indio, pues, era bien inteligente”, dice Andulfo Díaz, y se enterró con

sus infieles esperando retornar cuando se fueran los españoles. Se quedaban sentados, como esperando, con unas vasijas grandes para la chicha. Éstas, comúnmente, estaban forradas con cuero de vaca o de toro. Los indios, pues, “encomendaban” el infiel -como cuando se encomiendan a los santos- al espíritu de un toro o una serpiente, colocando la crin del caballo o la cola del toro sobre el entierro.

El Páramo Paja Blanca, que abraza Sapuyes, es un volcán de agua y al tiempo una mina de plata que escondieron los infieles, cuenta el mayor Delio Díaz. De esa plata, conversa el mayor Javier Calderón, sacristán y síndico del Señor de la Misericordia, en la vereda San Jorge, los españoles hicieron antiguamente el grial, el incensario y los faroles de la iglesia. En la Vereda Miraflores, colindante con el páramo, en Pupiales, conversaba don Héctor Chamorro que, antiguamente, el indio Atahualpa, que huía de las huestes de Pizarro, venía a dejarle riqueza a una joven hija de un cacique en las noches de luna llena. Estrella de la mañana, llamaba ella. El indio Atahualpa huía auca. Huía a eso que en Aldana, don Servio Quitiaquez, llamó *La Ley de Dios*. Presionado, Atahualpa fue a enterrar su riqueza en la yawarcocha, en el Nudo de Huaca, según esta versión de la captura del Inca. Ese encuentro de Atahualpa y Pizarro sería el gran trastorno del orden del mundo andino. El primer pachacuti, como señala Flores Galindo (1975: 47-69): la muerte del Inca, vuelta la Ley de Dios. Se iniciaba así una cruzada contra los infieles: era, entonces, momento de llevar la cruz y el bautismo a los indios: los indios bravos, los propios indios.

Infieles eran también las brujas del pueblo que salían de lo alto de la Paja Blanca. Sin Dios ni Santa María, decían cuando, antiguamente, “bien endiabladas”, atacaban a los españoles por matar indios. Narran los mayores que las brujas “sabían ser el encanto del páramo cuando era más bravo vuelta, sino que luego se fue amansando. Y salían como puercas o matas de ají que envolataban, perdían y asustaban, ahí, en lo alto del Páramo, subiendo por la vereda Marambá, donde la gente llama el Pantano. La bruja María Tambora era la más conocida. Bravas e infieles. Don Miguel Araujo, en Marambá Alto, contaba que los españoles bajaban a esas brujas haciéndoles secretos: tijeras en cruz en el piso, por ejemplo. “Y acabadas las brujas, el encanto vuelta ya cambió”. Y lo que quedaron fueron dos pailas de granizo en el Pantano, que hacen llover cuando torear el páramo. Toca subir en silencio por eso, aunque de a pocos se ha ido amansando.

Sobre las laderas del Páramo hay mucha papa sembrada. Caminando por Marambá alto comienzan a verse los guachos que van quedando atrás, como tierra “voltiada”, cortada por la alambrada. El verde de la montaña se va perdiendo entre los papales que enfloran y van pintando la tierra amarilla. Ya es tiempo de recoger. Cuando apenas está madurando se ve cómo una enorme mancha amarilla se riega por la cordillera. “Ya es tiempo ya es tiempo, el color sabe decir”. Vamos subiendo y la niebla se pone pesada. Pero Miguel Araujo sabe ver entre ella. Pocas veces dicen que se despeja clarito todo el páramo. En lo más alto los guachos se pierden y parecieran caminar por una zanja de paredes de tierra

entreverada para salir vuelta al llano abierto que se extiende entre paja seca y helechos cargados de agua. Aliso, cadillo, encino, eucalipto y helechos lanudos, como el frailejón. El camino ya no está marcado y el agua en el piso y sobre las hojas de las plantas desliza como un rocío. Es puro monte. Toca seguir huella, si se ve, y andar calladito si no se pone bravo. Pero ya allá arriba ventea duro; sopla duro y frío. Aunque ahora, señala Miguel Araujo, “sabe ser más calmado, pero, eso sí, siempre suelta su aguacero cuando suben a hacer las misas en Semana Santa, allá en el Pantano”. De eso, pues, que le han venido quitando la fuerza al páramo, más mansito se ha vuelto.

A esas misas llevan en romería al Señor de la Misericordia. O al San Pedrito, el taitico que, como cuentan, fue encontrado en la Campana por una señorita que llamaba “Angelita”, pero como nadie estaba seguro de su nombre, sólo le decían la “guachucala”, porque había venido de Guachucal. El San Pedrito, contaba Anita Miño, había sido hallado entre unas ramas de una mata de cadillo. Allá en la Campana, en el monte monte. Luego, lo llevaron al templo y lo pusieron entre dos infieles. El Cristo lo trajeron los españoles: Jiménez de Quesada, conversa don Delio Díaz, trajo tres santos Cristos que entregó en Puerres, Gualmatán y Sapuyes. Dice don Javier Calderón, su síndico, que antiguamente conversaban los mayores que el Cristo estaba ensamblado con varas de oro.

-¡Cómo va a decir!, ¡si nuestro Señor es español y el oro era de los indios desde antes!, ¡los españoles vinieron a engañarnos!

A ese Cristo se lo sacó en rogativa a Las Lajas, hace unos setenta años cuando Sapuyes, Túquerres y Pupiales eran sacudidos por los movimientos de la tierra. Cubierto con un velo de lino chino fue llevado hasta el Santuario, en medio de una borrasca que los acompañó todo el camino. La Virgen de Iles mandó el agua cuando la iban a sacar del templo ¡igual que San Francisquito! “Eso hacen dar botes la tierra, si se enojan los santicos”, dice Javier. Allá, pues, en la Paja Blanca toca bajar con respeto de la misa, “aunque siempre sabe levantar una nube negra negra y se agarra a llover”. “Sabe ponerse bravo, aunque ya ha sido cristianizado”, dice don Miguel; cristianizado, monte bautizado, sí, como a los infieles cuando vino la Ley de Dios.

Yo sabía oír chillar un guagua auca⁵. Eso pu’aquí siempre se oye hartito. Ya, como contaban los mayores las historias yo, ya sabía que sería un guagua de esos. Pero al principio me asusté. Chillaba, chillaba, ese guagua, feísimo. A ratos era como tres veces y paraba y vuelta seguía más duro. Yo me daba miedo, pero qué sería que a ratos me daban ganas como de irlo a levantar. Pero yo no sabía bien cómo meterme, porque eso era monte y vaya me salga un espanto o me agarre el malaire. Y como a veces es que los saben botar a las zanjas y, pues, ahí también pega eso. Pobres guaguaitas, también sin bautizar ni nada,

⁵ Esta narración cruza muchas voces. Aquí habla un sujeto que es muchos sujetos. Recogen todo lo que al respecto dice la gente. Pero también se cruzan interpretaciones.

que mueren. Algunos, dizque bien feos que son, nacen deformes, entonces los botan, no más. Eso quedan penando las almitas: quedan como en el limbo, por eso será que lloran, porque el limbo, además, es oscuro. Tonces, es de esperar que la Virgen del Carmen baje los sábados a darle luz a los auquitas y a los condenados. Y, como los botan por ahí: en veces en las zanjas, en veces por los cementerios, en veces al monte, así. Moritos también se les dice, pues saben quedar penando, y no conocieron la Fe. Eso lloran feo, da miedo: ya se vuelve como desgarrador. Pero eso se escucha por allá, como en lugares así, más pesados. A veces los saben tirar como entre la tierra, pero como luego pasa la yunta, ya se calman porque ahí ya es amansado, como si bautizara vuelta.

Y sin nombre, pues, también que mueren. Ya se vuelven monte. Tonces, en esos lugares que lloran es que toca echar agua bendita pa'que calmen. Ahí, pues, ya los bautizan y dejan de llorar, pero muertos ya qué. 'Hora, pues, los saben dejar botando en el Panteón de los Aucas: eso hay en Chiles, Cumbal, Sapuyes, Aldana: saben ser en una esquinita del cementerio, pero eso ahí ya no lloran.

Yo me sabe dar miedo lo que cuentan los mayores. A esos niños que los dejan por ahí, pero boca abajo, pues no más lloran. Pero dizque si los dejan bocarriba, cría altísimo, eso se hace pantasma, que si lo ve por ahí a la malhora o más de noche, lo mata. Ya es un espíritu del monte.

Por eso toca ligerito bautizar a los niños. Si no les da como si tuvieran malaire, bien desalentados se ponen: eso lloran, no duermen y bien groseros saben ser: ¡el hijo de una comadre, que dizque había alcanzado a escupirle a un padre! Así mismito es que se ponen cuando les da el mal aire del infiel o de la guaca, ese que llaman solimán. Ahí, pa curar ya toca traer plantas del monte: guanto, ruda, tabaco, sabe ser. Pero para los niños el bautizo es el remedio. Y' hora, pues, ya casi no se deja pasar tiempo y se celebra. Uno buenamente qué los va dejar así. Como es sacramento, entonces toca preparar la chicha y dar el chapil. Pero la chicha no muy fermentada, de un día no más, como es bautizo. Si no, juepuchica, eso se chuma duro; ¡eso lo voltea y, mejor dicho, se le olvida hasta el nombre!, ¡bravo se pone! Y si es en olla de infiel, peor, más brava queda. Así es la chuma, luego eso queda viendo la noche en el día (Clavijo, 2012: 84). La chuma es una vuelta, pues, y eso sabe ponerse a buscar pelea y todo. Con chicha o con chapil, que traen de San Martín, Mayasquer y los guaicos, también se chuma. Ese chapil es bien bravo, también. Eso quita los nervios para todo: lo saben tomar cuando van ahí a las fiestas de Cumbal, de la Virgen del Carmen, es que es, que hay corridas de toros y chumados, pues la gente se les tira para voltearlos de los cachos. Siempre saber haber muerto allá. Y es que al chapil bien le dicen allá en Cumbal que es agua de cuca, porque lo pone a hacer diabluras. Como esos cucos son demonios que espantan en la Semana Santa al que no cree y saben andar por las casas y lugares pesados. Por eso es que hay otro chapil, que es el bautizado, que le echan agua o alcohol. Ese no lo voltea tanto, pero le hace doler más la cabeza. Es que chumarse es volverse a poner bravo,

como olvidar el nombre, como negar el bautizo será⁶. Y, pues, como el chapil da fuerza, entonces eso lo vuelve como auca, como indio bravo, como los de más antes: esos sí que eran bien duros para trabajar la tierra: los propios indios, pues, que eran. De esos, pues, ya no hay de'que vino la Conquista. ¡Nosotros, pues, ya somos indios revueltos, elay! Vuelta, pues, era el tiempo de los infieles. Vuelta la Ley de Dios, los infieles se enterraron creyendo que iban a volver. Otros, pues, los amansaron y nosotros ya hemos quedado cristianizados: 'hora somos revueltos, pues. Por allá en Cumbal, en Mayasquer, eso queda bien arriba en el páramo, dizque quedan unos aucas. Allá como no hay luz ni nada. Infiel ya no hay: esos fueron los que se enterraron. Los aucas quedan por las selvas, y eso también como que hay. Los infieles eran, pues, del tiempo de los infieles. Y eso vuelta se acabó.

Aucas eran los indios que, huyendo de la espada y la cruz, se adentraron en las selvas ecuatoriales o se fueron a lo más alto del monte. Aucas, decían antiguamente para los lados del Perú, eran los indios chancas, que se resistieron a la expansión de los incas por los lados del Chincaysuyo. Y era la denominación que tomaban por traidores y guerreros, "por dar batalla" (Garcilaso de La Vega, 1985: 61). Luego de la Conquista pasó a nombrarse así a los indios que escapaban al bautismo y, en su salvajismo, daban batalla. Auca es, pues, también salvaje; viene de la forma quechua auki que decía antiguamente era espíritu de las montañas, como le decían a los toros y encantos del altiplano de la puna peruana (Arguedas, 1945: 112; Páramo, 2009: 175). Auqui era también un apellido de los incas, que traducía infante (Garcilaso de La Vega, 1985: 61). Los aucas, en Nariño, son espíritus infantes del monte. Ya como queda "pantasma," es un espíritu de los montes bravos (Nates, 2002: 53): una fuerza de la tierra. El auca es un ser telúrico, del monte. Y, como lo que viene del monte, tiene fuerza para cutiar la tierra: para dar pachacuti. Pero también se refieren a los aucas como los propios indios de antes, bravos para trabajar la tierra, que tocaba amansar, quitar su fuerza, para imponer el nuevo orden.

Con el toro barroso adelante

La manada bajando del cerro

Con el toro barroso adelante

Y por eso te quiero guambrita

*Con el toro barroso adelante*⁷.

Y es que para trabajar la tierra toca ser bravo⁸. Eso es duro: llevar la yunta, guachar para sacar el adobe voltiado, revolver la tierra. Y es que primero toca trabajar para amansar

⁶ Esta idea fue discutida en campo con Jaime Clavijo, 2012.

⁷ Toro barroso. Canción de Alonso Valenzuela.

la tierra cuando es monte. Se pica con el palancón, más ligero: se mete con el filo de lado para entre más fácil, se mueve el palo adelante y atrás y se empuja con fuerza para sacar un adobe. Se lo voltea, pues, para que el pasto del monte quede abajo y vuelta la tierra arriba. O sea, un vuelco. Luego, delgadito, delgadito no más, se mete vuelta el palancón, o sea más adelantico de donde se lo metió antes y se da otra vuelta. Eso es revolver. Y se sigue así a un lado. Dos vueltas adelante y se sigue hacia un lado, hasta que vaya quitando lo que queda de la melga pasada. No es plano que debe quedar, sino revuelto. Se pica para que quede blandito y vuelta se pueda guachar. Cuando no llueve, pues es duro picar y, pues, si ya agarra la helada se lancha la papa, la hoja va negreando. Eso es, pues, lo que hacen los toros ya cuando el terreno está picado, revuelto, con unos cuantos vuelcos que se ha dado. Los toros “meten fuerza” y lo de adentro, la tierra que está buena, con la rejilla del arado, lo pone encima. Lo de afuera, la yerba, queda dentro, y eso es abono. Ahí se deja quitando la maleza.

Don Hermann Piarpuzán pica a las bestias con el perrero, como el Negro de la Fiesta. ¡¡¡Brillante, Brillante, Brillante!!! para girar a la izquierda; ¡¡¡Español, Español, Español, gira a la derecha!!! La yunta siempre ha sido así. Brillante marcha por la derecha y gira a la izquierda; Español va por izquierda y gira a la derecha. La yunta, generalmente, se arma con un toro pintado y otro negro; éste siempre es Español, más pequeño pero más bravo, porque Brillante es capado. El español es un toro semental. Se pone el yugo sobre su cuello, las cabezas entre las cabeceras y se amarra con las correas. Las cabeceras del yugo tienen unas monturas de cuero de vaca. Y el palo del arado es de eucalipto, ése es duro y livianito, no como el arrayán, que es más pesado. El palo se trae del monte, de algún bosque de altos eucaliptos. Se pela y se pone a secar parado contra algún árbol, porque conserva la humedad del monte. El palo va negreando para hacerse timón del arado.

Cuenta don Hermann que, de niño, la yunta lo arrastraba hasta abajo, en la ladera. Pero “el trabajo lo va poniendo duro, se enseña uno a ser duro como un toro”. Y como a un toro, su padre le daba perrero cuando caía; los toros, en cambio, se van amansando con el trabajo. El trabajador debe ganar “fuerza” para amansar los toros: fuerte como ellos había de volverse. Por eso, quienes se ponen en las fiestas a embestir los toros o que enfrentan su espíritu que protege las guacas, toman chapil para la “fuerza” y los “nervios”, para ponerse salvajes, para perder el miedo, “si no ¡qué va a voltear a un toro de esos!”. La chuma, el bautismo y el trabajo de la tierra dan vuelta, cambian la naturaleza de las cosas, sino que trabajar la tierra es como dar dos vueltas: lo endurece a uno, pero va amansando el monte, le quita su fuerza. Así, pues, se los va dominando a los toritos: “¡¡¡Español, Español, Español!!! y ya mansito”, ya quedó domado, pues, el Español.

⁸ Narración basada en conversaciones con don Hermann Piarpuezan, Aldana.

En ladera se pone el yugo más largo, porque los toros tienen que estar más separados, porque si uno se cae ya no se lleva al otro. Así se trabaja en lo alto con los toros. Si es en plano es más corto el yugo. Así el arado va quedando delgadito: las líneas van quedando una más cerca de otra. Ahí ya se puede iniciar a melgar: la semilla se pone sobre el guacho y vuelta se cubre con tierra de lado y lado. Se va cutiando, se va cutiando. El cute es una herramienta, un palo que sabe criar en el monte y en las zanjas de la raíz del arrayán, es curco, con un extremo curvo. Eso los de antes, ahora ya viene con cabeza de metal. Y si le ponen otra cabeza más plana, ya queda cutepala. Pero los propios eran toditos de madera. Se usa para cosechar papas, porque sabe voltear bien la tierra. Y el arado, pues, tiene la misma forma de un cute grandote. Es que cute es del quechua cuti, que es vuelta. Sirve, entonces, para voltear la tierra, que es pacha en quechua: sirve, entonces, para propiciar un pachacuti (Clavijo, 2012: 10-25).

El mundo volteó una vez cuando llegaron los españoles y con ellos la Ley de Dios. Don Guillermo Ruano, mayor de Chiles, conversaba también que ahí los infieles se enterraron, “quedaron dentro, porque venía lo de afuera: más verracos, más duros para trabajar eran esos indios. Más indios que nosotros, porque ahora ya quedamos cristianizados”. Pero, como dice don Jairo Recalde, en San Diego de Muellamués -que antes era San Sebastián, porque los santos saben ser venideros y van quedando atrás- “con el tiempo queda atrás el nombre: los de ahora ya somos renacientes”. Los infieles se enterraron porque creían: creían que el Diluvio iba a pasar y vuelta podían retornar. Diluvio, Conquista, Ley de Dios: vuelta, pachacuti. Como sea, en algún momento el orden se rompió y quedó grabada en la memoria de la gente esa promesa de que los infieles volverían para recuperar lo que les arrebataron los españoles, reconstruir lo que se llevó el Diluvio y volver a voltear la tierra: revertir la Ley de Dios. Voltearse para irse contra el Padre y voltear la tierra; voltearla para recuperarla Sin Dios ni Santa María.

Quedó grabado en la memoria que el orden se volvería a romper.

Volver el brazo⁹

*El cacique cumbe tiene que volver,
El cacique tuvo que volver
Porque es de San Pedro
De nuestro Cumbal
Porque dejó escrito la Corona Real.¹⁰*

El Cacique Cumbe... pues él ha sido el cacique antes de haber el pueblo viejo. Más acá del pueblo viejo, ahí ha existido el Cacique Cumbe. Porque sabía contar ahí, vuelta, mi mamá que ahí onde ha sido el cacique Cumbe, ahí, pues, ha sido el pueblo. Tonces, sabía contar que una abuela de mi mamá qu'ezque estuvo, una tarde, allá en la loma de Camoa, qu'ezque estuvo haciendo algún hueco con una vara, jugando, cuando dizque se fue la vara y se destapó y salió agua, decían. Tons, que eso era como encantado que lo dejó el Cacique Cumbe. Trigo, cebada, maíz, qu'ezque venía con ese chorro de agua. Y vuelta qu'ezque ese trigo y ese maíz fue oro. Cuando han venido los españoles, tonces que lo han muerto al cacique de allá. Y cuando eso, allí dizque ha dicho ese cacique de allá, déjenme decir unas palabras y después me matan, porque le ha dicho que quiere todos los tesoros y el oro que ha tenido y que no se ha contentado con eso. Y que ha dicho, ¿no? , pues “yo, yo pongo hasta donde más me alcance con el cetro para arriba para dejarles a vustedes el oro, ha dicho, que eso queda encargado al sol, al agua y a la luna y que todas las riquezas se volverán tierra y ceniza”. Entons, allí es que se ha acabado todo, se acabaron las ruinas, se han hecho tierra y ceniza ese montón de oro que ha tenido. Y se ha acabado todo. Y ha dicho que a los tiempos, cuando regrese la gente de él, se ha de dar la luz, si no, no: los mismos indios, los infieles.

El Cacique Cumbe, entonces, había recibido los linderos que marcaba la Corona Real. Eso, pues, era lo que hoy es la Escritura 228¹¹. Eso era lo que tocaba defender. Y los

⁹ Las narraciones transmiten las voces de don Nicanor Tapia, Laura Paguay, Julio Paguay y María Cuaical, todos ellos recuperadores. Las narraciones se entrecruzan con otros datos etnográficos pertinentes a lo que ellos conversaban.

¹⁰ “Las cinco de la mañana”. Primera canción de las recuperaciones. Valentín Cuaical y Alonso Valenzuela.

¹¹ La posesión comenzaba desde aquí desde Cumbal. Así, por el lado oriente limitando con la piedra de siete fuegos; de allí coge río arriba viene deslindando con Carlosama y después con Guachucal y va subiendo así por el lado norte. Y sube arriba, a una piedra de cuatro cueros y de ahí sube diciendo a la Piedra Reja y sale a la laguna. Línea recta sale vuelta a una loma que se llama Guanira. De allí deslinda con Mallama, ya el guaico. Y va a deslindar de allá más abajo, va cayendo a Chucunés. Chucunés deslinda ya con Barbacoas y de allí dice a Peña Blanca, de Peña Blanca da vueltas por acá por Chical y sale a Tulcán, Ecuador, a Río Plata. De Río Plata baja al Palmuchán y de allí al Artesón; del Artesón ya sale ya hasta Chiles y de Chiles baja

blancos hacendados del pueblo nos habían quitado las tierras que quedaban acá dentro. Y nos iban dejando más p'al monte y arriba en los páramos. Como antes la gente era poca, tonces pues nos hacían correr. Ellos traían sus ovejas, sus marranos, su ganado y se iban posesionando. Ahí los metían a la Boyera, al Llano de Piedras y al Laurel, que era que llamaban las haciendas. Tocaba hacer minga y entrarse al llano, meter vuelta los animales también y sentarnos allá a hacer ranchos de adobe, que se sacaba, y de paja que se traía del páramo. Se quedaban los hombres allá y ya no salían. Ya cuando se metían, ya estuvo.

Yo sabía andar, cuando tenía los siete años, para dejar almuerzo a mi papá. Ahí en las chocitas que hacían de adobe y de paja, ahí se quedaban ellos, nosotras no, sólo los hombres era. Ellos sí tomaban, nosotras no. No ve que el pueblo, así fuera a medianoche, se levantaba a pura piedra a hacer correr a la gente del campo.

Todos los días yo iba a dejar el almuerzo al Llano. Sí, duró harto. Nosotras nos íbamos entre diez o quince mujeres para ir a dejar el almuerzo, porque en el pueblo viejo, ahí a la entrada del pueblo, los señores sabían dejar la piedra para echárnosla. Por eso sabíamos andar así, entre hartas. ¡Y ellos lanzaban la piedra y nosotros sin nada! Tonces, también tocaba andar llevando la piedra en la pollera y si no se lanzaba se dejaba ahí, pa' los hombres, pa' que la tiren vuelta. Tonces, ahí se dejaba su papita, su habita, el café, los cuyes, el mote, el ají, así, ¡pues si no cómo iban a hacer! Ya, pues, ahí tenías las gallinas, las vacas, se metía la yunta a arar, se sembraba haba, papa, así, en minga. Ligerero, ligerero, sabía ser de levantar los ranchos. Así, pues, ya no podían hacer nada los dueños, sólo echar piedra. ¡Pero qué! Eso, unos se iban en caballo y echaban candela y quitaban el alambre y, como eran hartos, ¿qué se podía hacer? Haga zanja y haga zanja, sabía ser, para darnos posesión.

Sabían reunir mucha gente pu'acá en las veredas. Se levantaban como a las tres de la mañana. Y en qué frío. Todos con su ruana y coja la herramienta y tome su café. Hacer el desayunito, coger su palendra, su zapatico y fuera, ¡se iban! Entraron allá haciendo la línea divisoria, que llaman. Nosotras, pues, en esas cantinas era que metíamos las piedras. ¡Esas ollas llenas de piedra, era! Las sacábamos, las poníamos en las polleras y dele a pasar a la gente. Como eso no sabía haber cultivo, sino que era pura ganadería, tonces alguna gente se iba llevando los animales y se robaban el alambre. Y los señores a trabajar, zanje y zanje, voltee y voltee, era.

Esas noches eran bravísimas y se consumía mucho aguardiente y hervido. Y vuelta que se vino la policía a nuestro Llano de Piedras, siquiera unos cincuenta, vinieron de Ipiales, diciendo de nos iban a andar sacando. Y no podían. La policía atrapaba a un grupo

vuelta ya viene viniendo. Baja ya vuelta con el río Carchi. Del pasadero viejo ya viene deslindando vuelta con Carlosama y sale acá a la quebrada Las Aguas, que llaman.

y lo sacaban por acá'riba. Pero como la comunidad entraba por el otro lado, vuelta ya estaba abajo; sacaba otro grupo por acá, vuelta ya estábamos allá. Ahí quedaron.

En la entrada del llano tenían mucho marrano. Entonces, el pasto sabía estar seco y con la palendra se sacaba un adobe. Duro era de meter la pala, de ladito no más y volteo para que salga todo el bloque. Y se colocaba el adobe con el pasto hacia abajo uno sobre otro. Y va haciendo rancho. Y va quedando la zanja también. De donde se va sacando adobe, v'ahondando la zanja. Por esos marranos, pues, sabía salir seco el adobe. Quedaba bueno para prender candela, entonces. Se juntaban un montón y se prendía la fogata; quedaba prendido el llano. Y ahí era de amanecer.

Las autoridades llegaron al llano. Quisieron engañar a los indios diciendo que habían ganado su tierra, que trajeran chapil para el hervido y festejar, que porque los dueños ya se habían ido. Sobre los adobes que quemaban había una paila grande donde hervía el aguardiente. Apenas los indios se descuidaron, la policía tumbó la paila. Les regaron la olla y volvió todo ceniza. Sabían decir que el cura estaba muy molesto porque los indios, a más de invadir el llano, se estaban emborrachando, que estaban desobedeciendo al cura, que estaban desobedeciendo la Ley de Dios. Que tenían que irse o, al menos, dejar de chumar. Y los indios no quisieron y ahí se agarraron más duro.

Tonces, hubo pleito. Ya los indios estábamos bravos. Los mayores recordaban ahí que los taitas de antes habían sido bien pelearingos con los españoles por los títulos, luego de que les habían quitado la riqueza. Y que los españoles mataban a los indios que no se hacían quitar. Fueron los primeros engañadores, con los curas, decían los mayores. Y así, peleando, había quedado la tierra del Gran Cumbal por el título colonial de la 228: "Os doy posesión formal, real y material, pero solamente a los indios de Cumbal. Solo ellos son los dueños y gozarán de su tierra", sacando fuera negros, mestizos, hechizos, españoles, toda clase diferente saldrá pa'afuera, decía don Nicanor Tapia, mayor recuperador.

Pero, entonces, los taitas eran de más antes, luego hemos quedado los renacientes. Y ya nos metimos en minga. Por eso era de trabajar. Como éramos hartísimos, unos hacían ranchos, otros sacaban el adobe, otros hacían la zanja; ya llegaba el arado, guachaban y guachaban. Tocaba comenzar a sembrar, porque esa tierra era buena y no estaba sembrada. Sólo había animales. Nosotros, pues, también metimos unos puercos, cuyes, vacas y toros, donde se podía. Y fuimos sacando los animales de ellos. Y la yunta entraba con los toros adelante. Y el chapil para la fuerza. Tonces, así no se cansaba porque eso era bravo, y tome su papita, tome su pedazo de carne y siga. Siga, y tome chapil. Así quitaba el nervio. Y era minga, minga de zanjamento: tonces, se cortaba un adobe, ahondando en la zanja, y se lo ponía igual con la yerba abajo, uno sobre otro. Toda la maleza seca se va arrejuntando para quemarse y queda ceniza. Y es de dejar que la misma fuerza de la tierra la vaya sentando. Y la fuerza no faltaba: galones de chapil. Una copa en la boca y dele a trabajar. Eche cuento

y chapil. Para recuperar, era de zanjar de noche. Tonces, todos trabajaban: a uno le colaboran con algo y vuelta toca volver el brazo. Siempre hay que volver el brazo.

Al que lo mataron, quietico quedó, cuando le pegaron el tiro. Tonces, ya nos pusimos bravos y nos subimos a las casas y eso la teja la quebramos limpio. Los sirvientes nos habían echado a la policía, porque los dueños ni estaban. No daban amistad para dialogar con uno, ni nada. Nos les metimos y les fuimos sacando las cosas y a quemar la casa. Y luego que mataron al finado, la policía siguió echando tiros al aire. Y nosotros, vuelta, ya nos atrevimos con la policía, con piedra no más. No nos iban a matar a todos. Y de ver que ya nos fuimos varios contra la policía ya, vinieron más compañeros, vuelta, ¡ya los más tomados nos entramos limpio!

En el Llano, vuelta, yo me quedé a vivir como quince días. Y a los quince días nos vinimos y han dejado unos seis grupos, no más, de las seis veredas. Y se ha entrado el pueblo a medianoche. Cuando gritaron que no, pues, que eso entró el pueblo, que les había dado quemando los ranchos, si como uno era de estar a la expectativa de cuando griten echar a correr. A esas horas, yo cogí mi bestia y corriendo me fui tirando ganado. Los del pueblo salían en parejas y nosotros ahí les dimos una paliza. Pero un vecino de Machines, Benjamín Valenzuela, murió siendo entrador. Cruzó el pueblo por la mitad. Y de ahí nos atrevimos a ir por la mitad del pueblo. Y el mayor había estado esperándonos allá, en esa Capilla del Niñito, ahí había estado solito dando vueltas él. Y con una escopeta y una botella de trago que había llevado. Cuando eso, me dijo: “¡¡corra, carajo. Nos matan!!”. Ehh, juepuchica, si nos matan nos matan, no echemos reversa, no más, y vámole dando. Vámole dando. Cuando nosotros cogimos calle recta, pues, cuando por ahí por Machines ya nos topamos con los del pueblo. Nosotros en los caballos, eche pala. Cuando, al final, a don Benjamín le han dado un garrotazo. Ahí ya nos dejaron. Pero les dimos tumbando las casas a los del pueblo, del lado de abajo, del Barrio Granada. Por eso, pues, las canciones que sabían decir

*Las cinco de la mañana,
Llegamos a nuestro llano
Y todos con un valor,
Con la herramienta en la mano.*

*Seguimos el zanjamento
En línea de dirección
Y todos mis cabildantes
Porque era la obligación.
El barrio Nuevo Granada
Los blancos nos desafían*

*Y todos los compañeros
Los sacan a puro trote,
Y todos los cabildantes
Los sacan a puro trote.*

Al otro día ya se había juntado hartísima gente. Las cinco de la mañana, las casas hechas nada esa teja. Eche piedra, era. Ya cuando entramos, ya en el llano hubo papas hubo habas. Los del pueblo, los Matías, los Buchelis, los Arias, los Escobares, los Erasos, se fueron yendo de ver que no nos íbamos a salir. ¡Ya, tomados trago, pues qué, ¿quién se va a meter?

Cuando entramos a Boyera, ese rico ya estaba bien armado. Pero dejó a los sirvientes no más. Nos le metimos cuando estuvo aclarando el día. Eran como las cinco y, vuelta, ellos sacando la leche recién. Nos entramos unos a las chozas, otros a los corrales del ganado, otros a las puertas de la finca y otros a las casas. Quebramos la puerta de la primer casa. Ahí había un sirviente que estaba del lado nuestro. Dijo: “no se van a hacer matar, vea”. Y este había tenido como unas veinte escopetas y bastante munición. Pero, y así y todo, la policía nos sabía encerrar.

Nos encerraron como a cuarenta en Boyera. Nos metieron en una pieza del cuartel. Otros por allá bajaban de la finca con herramientas y venían a sacarnos. Les armaron el pleito a la policía y los terminaron llevando a una ladera. Cuando vimos que casi todo el cuartel estaba por fuera, fuimos dándoles haciendo flecos esas puertas, ¡y eche a correr! Y nos tocó salir por el lado de Panamá. Y, bien de malas, que por allá en el camino dimos con una finca llenita de soldados. Ya eran como las dos de la tarde. No habíamos almorzado. Tonces, fuimos a doblar por un ladito de la finca, sin que nos vieran, cuando un compadre, que ya es muerto, nos dice: “¡y ‘hora ya vienen esos toros!, ¿¡dónde nos hacemos a andar!?””. Nos metimos a un matorral y ahí quieticos a un lado. Éramos como veinte y esos toros pasaban por lado y lado. Tocó esperar hasta las seis de la tarde; a las seis ya llegaron los sirvientes y los arrinconaron en sus corrales. Y salimos, calladitos tocaba, al camino que va a Panamá, ya oscureciendo. Ya cansados, tocaban andar. Y llegamos a las diez de la noche, muertos del hambre.

BIBLIOGRAFÍA

ARGUEDAS, José María. (1941). *Yawar Fiesta*. Lima: Ediciones del viento.

CLAVIJO, Jaime. (2012). *Las vueltas que da la vida. El cuto: de la herramienta al concepto*. Tesis de grado. Universidad Nacional de Colombia.

FLORES GALINDO, Alberto. (1975). *Buscando un inca*. Lima: Taurus.

- GALINDO, Isabel. (2012). *Perdida en el monte encantado*. Tesis de grado. Universidad Nacional de Colombia.
- EL INCA, Garcilaso De La Vega. (1985). *Comentarios reales de los incas*. Madrid: Espasa-Calpe.
- NATES, Beatriz. (2002). *De lo bravo a lo manso. Territorio y sociedad en los Andes colombianos (macizo colombiano)*. Quito: Abya-yala.
- PÁRAMO, Carlos. (2009). *Lope de Aguirre o la Vorágine de Occidente. Selva, mito y racionalidad*. Bogotá: Universidad Externado de Colombia.
- REINA, María. (2010). *Manifestaciones de los taitas guacas en el Resguardo de Pastás.*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. Departamento de antropología. Trabajo de grado.